

## **El bíos en la urbe. Vida, ciudad y subjetividades contemporáneas**

*Bios in urbe. Life, city and contemporary subjectivities*

*Llaqtapi kawsaykuna. Kawsay, llaqta kunan pacha ukhun kayninpa yuyaymanayuqllataq*

**Bily López**

Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad de México, México

bilylopez@filos.unam.mx

ORCID: 0000-0002-5298-3104

**Alejandra Rivera**

Universidad Autónoma de la Ciudad de México, Ciudad de México, México

alejandra.rivera@uacm.edu.mx

ORCID: 0000-0001-8007-3522

### **Resumen**

En el pensamiento de Foucault, la ciudad es un dispositivo central para el biopoder. Sin embargo, conviene recordar que ni la ciudad, ni la vida, ni los ejercicios de poder han sido los mismos en el tiempo. Si tomamos en cuenta que eso que Foucault llamó vida y ciudad se fundamenta en los discursos producidos en Europa entre los siglos XVII y XIX, entonces, para comprender nuestro presente, es necesario comprender cómo ambos conceptos se han entretelado en épocas posteriores, posibilitando nuevos ejercicios de poder. En este texto analizamos una obra de Lewis Mumford —pensador clave para el urbanismo del siglo XX—, en donde las metáforas biológicas muestran cómo los nuevos discursos sobre la vida se trasminan en la configuración de idea de ciudad. Finalmente, examinamos la aparición de nuevas subjetividades resilientes que, en el cruce de los discursos del bíos en la urbe, emergen como formas exacerbadas del *Homo aeconomicus*, cuyo mandato es la supervivencia en el contexto biopolítico del Antropoceno.

**Palabras clave:** Foucault, vida, ciudad, poder, resiliencia

## Abstract

In Foucault's thought, the city is one of the main devices for the exercise of biopower. However, it's worth to remember that neither the city, nor life, nor the exercises of power have been the same through the time. If we consider that what Foucault called *life* and *city* have their margins in the discourses produced in Europe between the seventeenth and nineteenth centuries, then, in order to understand our present, is completely necessary doing contemporaries studies to understand how both discourses have been interwoven in more recent times to enable new forms of power exercises. In this text we analyze a Lewis Mumford's work —a key thinker for twentieth century urbanism— where biological metaphors show how new discourses about life are transmitted in the configuration of the idea of the city itself. Finally, we examine the emergence of new resilient subjectivities that, at the intersection of *bios* discourses in the city, emerge as exacerbated forms of *homo oeconomicus*, who has as mandate on his own survival in the biopolitical context of the Anthropocene.

**Keywords:** Foucault, life, city, power, resilience, Anthropocene

## Qillqapa pisiyachiynin

*Foucault* runapa hamutayninpi, llaqtaqa atiypa kawsayninpa ima kaqpa chawpin kaqmi. Manachayqa, ima chay mana llaqtapas, manataq kawsaypas, manataq ruwapayaykunapa atinyinpas manam kaqniraqllachu tukuy pachantin. Kayta quqariptinchikqa ima kaq ima *Foucault* runapa kawsaywan llaqtawan sutichasqanmi, tiksichakuntaqmi *Europa* llaqtapa rimanakuyninkunapa *XVII* nisqan pachamanta, *XIX* pacha riqninkama ruwasqanpi, kunan pacha kawsayninchik kayinapaqtaqmi, iskaynin sutichasqa qipa pacha kaqmanta chakatanakusqa kaqta, musuq atiypa ruwanakuynin kaqta ruwaspa. Kay qillqapiqa kuskisunchik *Lewis Mumford* hamutaq runapa qillqasqan qillqaynin qaway kaqninpi kaqta, ima *XX* pachak llaqtachakuynin pacha kaqninmanta yachanapaq, kawsaykunapa wankinkunapim qawachikun imayna musuq rimanakuykuna qukun kawsaq kaqmnata, hinallataq llaqtapa yuyaymananninman wankichakusqanpi ustuspa suqun. Tukupayninpiñataqmi, kuskipayakunqa musuq ima ukhun kayninpa yuyaymanayuqllapa ima kaq kaqnin llusiq imakunata ima, llaqtapi rimanakuymanta kawsaypa chakatakusqanmanta wanki *homo oeconomicus* nisqanmanta phiñapayasqa llusiqhina, hina kamachikusqanqa *antropceno* nisqanpa kamachikuyninpa kawsayninpa qukuqninpi kaqmi.

**Qhapaq siminkuna:** Foucault, kawsay, llaqta, atiy, tukuy ima kaqmanta allinlla kusikuyllawan llusiq

**Fecha de envío:** 3/7/2024

**Fecha de aceptación:** 19/10/2024

## I. A manera de introducción

El concepto de biopoder, creado por Michel Foucault, es una de las herramientas teóricas más prolíficas en el análisis de las diferentes formas de poder que tienen lugar en el mundo contemporáneo; a través de él se han emprendido numerosos trabajos para analizar de qué forma la vida, tanto en sociedades antiguas como presentes, se ha convertido en objeto de los cálculos de poder. Sin embargo, una buena parte de estos análisis suelen dejar de lado que aquello que Foucault llama *vida* no corresponde a esencialidad alguna, sino que emerge en los discursos de la época clásica, cuyos límites se sitúan entre los siglos XVII y XIX, es decir, suelen dejar de lado que aquello que está a la base de los análisis genealógicos de Foucault en torno al poder es una comprensión arqueológica de la producción de los enunciados en relación con la vida que se llevó a cabo en una época determinada, y que, por ello, la vida no ha sido la misma en toda época posible.

En efecto, es la arqueología —desarrollada en las primeras etapas del pensamiento de Foucault— aquello que da sentido, primero, al análisis del saber, luego, al análisis del poder y, finalmente, a los modos posibles de subjetivación al interior de estas relaciones (López, 2020). El análisis foucaultiano se trata, en primer lugar, de señalar “las prácticas discursivas que podían constituir matrices de conocimientos posibles, estudiar en esas prácticas discursivas las reglas, el juego de lo verdadero y lo falso y en general, si se quiere, las formas de la veridicción”; en segundo lugar, y a partir de lo anterior, se trata de “estudiar las técnicas y los procedimientos por cuyo intermedio se pretende conducir la conducta de los otros”; y, tercero, se trata de “analizar las diferentes formas mediante las cuales el individuo se ve en la necesidad de constituirse como sujeto” (Foucault, 2010, pp. 20-21). En este sentido, si se quiere llevar a cabo un análisis preciso de los ejercicios de poder, ya sean pasados o presentes, lo conducente es, primero, hacer un análisis en torno a los discursos que sobre la vida produce una época determinada, para, a partir de ello, examinar qué prácticas de poder se hacen posibles y, finalmente, examinar las formas de subjetivación que ahí tienen o pueden tener lugar.

En este sentido, la primera parte de este texto está dedicada a examinar brevemente dos discursos sobre la vida que se generaron en el siglo XX y cómo estos discursos han transformado nuestra comprensión de ella. Este apartado pretende aportar bases para continuar con los estudios sobre el biopoder a través de una actualización de la noción de *bíos* que nos permita situar las formas en las que la vida se dice en la actualidad. Así, consideramos pertinente examinar dos parejas de conceptos que, sin ser los únicos, se han producido en el siglo XX y han

transformado nuestras formas de concebir la vida, a saber, evolución-herencia, y genética-epigenética, para situar qué clase de ejercicios de poder se han echado a andar a partir de las consideraciones más contemporáneas sobre el problema de lo vivo al interior de los discursos biológicos.

Una vez realizado lo anterior, analizamos la importancia de la ciudad como dispositivo biopolítico. En diferentes lugares de su obra, pero, sobre todo, en *Seguridad, territorio, población* (2014b), Foucault atiende al problema de la ciudad como un problema específicamente biopolítico, pues tanto en su conceptualización como en su espacialidad fáctica, la ciudad constituye un núcleo problemático digno de interés para los estudios sobre biopolítica. Ya sea explicitando su función de confinamiento y encierro o, en su defecto, describiéndola como espacio de circulación de mercancías y de poblaciones, o, en última instancia, explicando su configuración como un medio no natural que tiene efectos sobre la población, Foucault nos ofrece una perspectiva de la ciudad en la que se advierte que esta no funge solamente como un telón de fondo para el despliegue del poder sobre la vida, sino que es ahí mismo, a través de ella, donde la operación biopolítica se hace tangible y manifiesta.

En este sentido, en una tercera parte del texto nos proponemos examinar, desde un enfoque arqueológico, el discurso urbanista de Lewis Mumford —de importancia capital para el siglo XX—, con el fin de situar la manera en que ciertas metáforas biológicas *hacen aparecer* la vida dentro de las urbes modernas. Con ello, se entiende, la ciudad y los ejercicios de poder que ahí tienen lugar se abren a nuevas posibilidades que es necesario analizar con más cuidado si lo que se quiere es hacer análisis de manera precisa sobre la vida que se disciplina y controla al interior de las ciudades contemporáneas.

En el último apartado, a modo de conclusión, exploramos la formación de subjetividades resilientes en la ciudad entendiéndolas como resultado de los cruces de los discursos del *bíos* en la urbe. Consideramos que las subjetividades resilientes son formaciones exacerbadas del *Homo aeconomicus* que, de cara a la amenaza de la sexta extinción masiva y a las cada vez más complejas formas de habitar las ciudades, emergen como sujetos despolitizados cuyo mandato es la adaptación y la supervivencia.

En suma, en este texto queremos plantear algunas preguntas sobre algunos de los que nos parecen los desafíos más grandes para el estudio de la biopolítica contemporánea, a saber: ¿qué entendemos como el *bíos* del biopoder hoy en día?, ¿ese *bíos* descrito por Foucault en los años setenta corresponde con el *bíos* que hacen

aparecer, entre otras, las ciencias biológicas en la actualidad?, ¿qué discursos de saber son los que producen los enunciados de verdad en torno a ese *bíos* actualmente?, ¿qué poderes se pueden ejercer en la ciudad dadas las nuevas perspectivas en torno al *bíos*?

En última instancia, partimos de la convicción de que la genealogía no puede ejercerse al margen de la arqueología, y que, como advierte Deleuze, “no hay modelo de verdad que no remita a un tipo de poder, ni saber, ni siquiera ciencia, que no exprese o implique, en acto, un poder en proceso de ser ejercido” (Deleuze, 2004, p. 46), y, en ese sentido, consideramos que para realizar una analítica del *bíos* que nos es contemporáneo es fundamental situar el sentido arqueológico-genealógico de manera complementaria a partir de tres hipótesis: primero, que los discursos biológicos contemporáneos no han cesado de producir enunciados de verdad que tienden a expandirse más allá de sus dominios para hacer aparecer e integrar dentro de sí nuevos problemas y nuevos objetos; segundo, que dichos discursos sostienen ejercicios de poder —y viceversa— que se materializan en los cuerpos de formas cada vez más intensivas; y tercero, que en el entrecruce de esos discursos de saber y de esos ejercicios de poder se producen subjetividades que oponen cada vez menos resistencia a ser conducidos y gobernados por el *bíos*.

## II. El *bíos* contemporáneo

Foucault circunscribió sus análisis sobre la vida —es decir, de aquello que las ciencias de la vida afirmaban sobre ella— a los márgenes del siglo XVIII; sin embargo, la noción de vida al interior de los discursos biológicos no es un constructo conceptual acabado, desde entonces no se han dejado de producir enunciados en torno a ella; con toda claridad, a comienzos del siglo XX la pregunta sobre el concepto de vida fue desplazada por otra clase de cuestionamientos específicos sobre el origen y los mecanismos evolutivos de las especies, sobre la manera en que la información genética de los seres vivos se transmite y se replica, las formas en que los sistemas vivos se vinculan con su medio, etc. A finales del siglo XX, el interés por ofrecer un concepto de la vida se revitalizó, particularmente en ámbitos como la exobiología, la xenobiología, la cibernética y en los estudios sobre el origen de la vida y la vida artificial. Resaltan dentro de ellos las concepciones operativas que aluden a nociones como sistema bioquímico, sistema viviente, evolución, adaptación, organización autopoietica, información genética, equilibrio, ambiente, etc. (Rivera, 2023).

A pesar de la amplia discusión que se ha llevado a cabo, los discursos biológicos difícilmente apuntan a definir cabalmente el concepto de vida, pero eso no impli-

ca que hayan cesado de producir enunciados en torno a ella. En este sentido, contamos con elementos para sostener que el *bíos* que Foucault tuvo a bien situar para elaborar las nociones de biopoder y biopolítica se ha ido tornando más complejo y, en el tránsito de las últimas décadas, se ha llegado a expandir de manera tal que se requiere continuar examinando sus alcances y sus implicaciones de manera cuidadosa y detallada. En otras palabras, a pesar de que, propiamente hablando, no hay algo tal como *un* concepto de vida para la biología, los discursos biológicos no han dejado de *hacer hablar al bíos* en el penúltimo y en el último siglo.

Durante buena parte del siglo XX la perspectiva hegemónica en el marco de los discursos biológicos fue la síntesis evolutiva moderna. La también denominada síntesis moderna (o bien teoría sintética) integró las premisas de la teoría darwiniana de la evolución de las especies por selección natural, así como la perspectiva de la herencia genética y la mutación aleatoria desarrollada por Gregor Mendel. Fundamentalmente, la teoría sintética sostiene que los organismos vivos poseen un número de capacidades que no están presentes en los entes inanimados, a saber: capacidad de evolucionar, capacidad de autorreplicación, capacidad de crecer y diferenciarse de acuerdo con un programa genético, capacidad de metabolizar, capacidad homeostática, capacidad de responder a los estímulos del ambiente y capacidad de transformarse en dos niveles, genotípica y fenotípicamente (Mayr, 1999, p. 22).

A primera vista pareciese que la teoría sintética ofrece un conjunto claro y unificado de premisas mediante las cuales es posible discernir las cualidades de la materia viva a través de sus capacidades, sin embargo, un examen más detallado nos permite observar que las perspectivas teóricas en biología tienen diferencias significativas al momento de situar, por ejemplo, las condiciones en las que ocurre la evolución de los organismos individualmente o en tanto especie, el papel de la herencia, así como la influencia del ambiente manifestada en las variaciones genotípicas y fenotípicas de los organismos. En todo caso, se puede partir de que la evolución por selección natural y el de herencia genética son conceptos umbral que configuraron la síntesis moderna, que a su vez repercutió fuertemente en la configuración del *bíos* durante prácticamente todo el siglo XX.

El concepto de gen comenzó a figurar en los círculos científicos desde 1909, cerca de cincuenta años después de los descubrimientos de Mendel, cuando Wilhelm Johannsen introdujo formalmente el término (Soberón y Zapata, 1999, p. 10). Johannsen formuló la premisa de que la herencia es la presencia de idénticos genes en ancestros y descendientes, rompiendo así con la creencia de que las características físicas visibles (ahora conocidas como fenotipo) son la manifestación

directa de la influencia de la herencia. Para Johannsen, el fenotipo es el resultado de la interacción del genotipo, la naturaleza y la crianza, y, de esta manera, su perspectiva ayudó a afianzar la presuposición de que el ambiente no modifica en realidad las características intrínsecas de un genotipo (Meloni, 2016, p. 62). Tras numerosos estudios y experimentos,

para 1915, el conocimiento de los cromosomas y la herencia había evolucionado a tal punto que se publicó el libro *El mecanismo de la herencia mendeliana* de Morgan y sus alumnos, Sturtevant, Muller y Bridges. Este libro fue una piedra angular en el desarrollo de la genética (De la Peña, 2017, p. 38).

Así, en unas cuantas décadas el concepto umbral del gen pasó de ser una mera intuición sobre un factor discreto que operaba, por así decirlo, tras bambalinas, hasta convertirse en el contenedor del *código de la vida*, inscrito en la materia misma: “hoy sabemos que un gen es un segmento particular de la cinta del material genético, es decir, del ADN” (Soberón y Zapata, 1999, p. 13). En palabras llanas, se considera que el gen es un segmento del ADN y que es la unidad básica de almacenamiento de la información hereditaria. En este sentido, se puede afirmar que la dimensión genética del *bíós* que nos es contemporáneo se consolidó en la década de 1950 a través del dogma central de la biología molecular, propuesto por Francis Crick. “Crick declaró que la información fluye únicamente en una vía, del ADN al ARN, nunca en sentido inverso. En otras palabras, el ADN es una fuente, y nunca un receptor, de la información biológica” (Meloni, 2016, pp. 138-139). Ello significa que, a nivel celular, la información fluye en una sola dirección, del ácido nucleico hacia las proteínas, y no de otra forma. En el planteamiento de Crick subyace un modelo de comunicación lineal del tipo emisor-mensaje-receptor, lo que fija una idea de herencia genética en la que “de ninguna manera el ambiente puede enviar señales al genoma” (Meloni, 2016, 139).

Esta conclusión, a la postre, se tensoría a través del rescate de algunos presupuestos de Lamarck en el marco del desarrollo de la epigenética, así como de otras teorías que se formularon a contracorriente de la teoría sintética (y que hoy en día se pueden agrupar dentro de la nueva síntesis en biología). Los primeros desarrollos teóricos de la epigenética sucedieron durante las décadas de 1940-1950 y sus precursores fueron Waddington y Nanney. Estas primeras versiones de la epigenética eran todavía cercanas a la teoría mendeliana de la herencia y la biología molecular. En las décadas de 1960 y 1970, Holliday y Riggs confirmaron

empíricamente la existencia de patrones de metilación del ADN “somáticamente heredables de forma intracelular”, lo cual condujo a la aceptación de que existen efectos de la metilación del ADN que pueden ocurrir de manera transversal en las células de un organismo (Nicoglou y Merlin, 2017, pp. 73-82). En este sentido, la epigenética cabe dentro de la tradición de la herencia suave, cercana a la asunción de la evolución mediante la herencia de caracteres adquiridos y eso, en un sentido general, nos conduce a reconocer a Lamarck en el corazón de esta perspectiva. Por otro lado, Meloni también considera que:

Desde el punto de vista de la herencia suave, lo social está siempre al borde de convertirse en biológico, los hábitos se convierten en instintos y las experiencias de vida de generaciones previas están incrustadas en la biología de las sucesivas. El lamarckismo o la herencia suave es condición para una completa investigación bio-social o biohistórica, debido al continuo intercambio de lo biológico y lo social (Meloni, 2016, p. 5).

Stephen Jay Gould afirma que, entre muchas series de malentendidos alrededor de la obra de Lamarck, persiste la creencia de que la herencia de los caracteres adquiridos es la parte central de su propuesta evolutiva cuando, en realidad, es solamente “el mecanismo que asegura que la descendencia se beneficie de los esfuerzos de sus progenitores, pero no hace que la evolución ascienda por la escala” (Gould, 2006, p. 85). Es entonces necesario advertir el hecho de que en las bases de la perspectiva de Lamarck se encuentra la idea de que “la evolución es una respuesta activa y creativa por parte de los organismos a sus necesidades sentidas” (Gould, 2006, p. 85). La epigenética hoy en día es un discurso del *bíos* que sostiene que los cambios en la expresión genética son originados por procesos bioquímicos que se superponen al proceso de transcripción del ADN. En este sentido, la epigenética puede ser comprendida como “el estudio de los cambios heredados mitótica y/o meióticamente en la función génica y que no pueden ser explicados por cambios en la secuencia del DNA” (Jablonka y Lamb, 2002, p. 87). Así pues, en tanto concepto umbral, la epigenética refiere en su forma más general a un campo de estudio, y de manera más particular, a un proceso o un conjunto de procesos extrínsecos que intervienen en los principios que organizan la materia viva, más allá del ADN. Sin entrar en demasiados pormenores técnicos sobre los que se construye el trabajo de la epigenética, podemos señalar que esta se fundamenta en la idea de que la secuencia del ADN no es la única responsable de las expresiones génicas en los organismos, y buena parte de sus trabajos se dedican a indagar

cómo es que ciertas alteraciones en los procesos de metilación que ocurren en la capa que recubre el ADN son capaces de incidir en la transcripción del ADN, sin que ello signifique la modificación de su secuencia propiamente.

Así, podemos afirmar que los discursos en torno a la herencia-evolución y a la genética-epigenética, más allá de su verdad o falsedad, poblaron la episteme del siglo XX, y a partir de ellos es que la vida ha sido concebida de maneras que rebasan eso que Foucault determinó como tal a partir de los discursos en la época clásica.

### III. Ciudad y poder

La ciudad es el ámbito en el que se despliega y se concreta la dimensión política del biopoder; es un dispositivo que “espacializa” las lógicas gubernamentales, económicas y soberanas que atraviesan al ciudadano. El ser humano ha desplegado su existencia política a través del tiempo y en distintos contextos; sin embargo, la ciudad —en tanto espacio socialmente construido y atravesado por distintos discursos que la constituyen como dispositivo de poder— es un ámbito fundamental para la materialización e, incluso, la maximización de aquellos ejercicios de poder que inciden directamente sobre la administración de la vida en su sentido más amplio. Al hablar de ciudad nos referimos a una forma particular de distribución y apropiación de la espacialidad que incide en las formas de relación entre los sujetos. La ciudad, entonces, opera como un dispositivo de ordenamiento que inscribe y conduce las acciones de un conjunto de ciudadanos —que conforman la población—, pero también es un ámbito en el que se prescriben leyes, se sancionan conductas y se propician otras; no puede entenderse entonces como un escenario neutro en el que acontece la operación biopolítica; en todo caso, la ciudad requiere ser comprendida como un dispositivo biopolítico de carácter central, diseñado para propiciar ciertas formas de vida a la vez que excluir otras, configurado de manera tal que es capaz de producir tipos de sujeción y subjetivación múltiples, masificadas y variadas (Rivera, 2018).

Las consideraciones de Foucault sobre la ciudad en relación con la biopolítica pueden rastrearse en el curso *Defender la sociedad* (2014), al momento en el que se enumeran los principales ámbitos en los que aparece el biopoder:

Por fin, último ámbito (enumero los principales o, en todo caso, los que aparecieron entre fines del siglo XVIII y comienzos del XIX; después habrá muchos otros): consideración de las relaciones entre la especie humana, los seres humanos como especie, como seres vivientes y su medio, su medio de existencia, ya se tra-

te de los efectos en bruto del medio geográfico, climático e hidrográfico; los problemas, por ejemplo, de los pantanos, las epidemias ligadas a la presencia de terrenos pantanosos durante toda la primera mitad del siglo XIX. También el problema de un medio que no es natural y tiene efectos de contra-golpe sobre la población; un medio que ha sido creado por ella. Ése será, esencialmente, el problema de la ciudad (pp. 221-222).

El problema de la ciudad, señala Foucault, es el problema de un medio que ha sido creado por el ser humano y que tiene efectos sobre el mismo, pues en la ciudad confluyen mecanismos disciplinarios y reguladores del poder, “los primeros sobre el cuerpo y los segundos sobre la población” (Foucault, 2014, p. 226), es decir, los primeros en términos anatomopolíticos, y los segundos en términos biopolíticos. Al respecto, Foucault utiliza como ejemplo la ciudad obrera del siglo XIX, y hace referencia a cómo es que esta ciudad modelo, artificial y utópica, articula perpendicularmente mecanismos de diagramación y estratificación de los espacios públicos y privados.

En 1978, Foucault dedica varios momentos de su curso a situar con mayor detenimiento la relación del biopoder con la ciudad, particularmente la de los siglos XVII y XVIII. La describe primero como un espacio de confinamiento y encierro, pero reconoce que, ya avanzado el siglo XVIII, se convierte, también, en un espacio de circulación (Foucault, 2014b, p. 29). En ese sentido, la ciudad se traduce como dispositivo que comprende un universo de relaciones conformado espacial y arquitectónicamente, a la vez que es un territorio ordenado por leyes y edictos: la disciplina, la soberanía y la seguridad se materializan en la ciudad en tanto espacio conformado, y en tanto dispositivo es que a su vez configura formas de subjetivación, pues la ciudad puede y debe adquirir funciones económicas, morales, administrativas, etc. (Foucault, 2014, p. 31). De esta manera es que Foucault apuntala la idea de que las construcciones arquitectónicas y urbanísticas develan formas disciplinares. No sería la única vez que Foucault sugiere esta idea —recordemos que el panóptico de Jeremy Bentham fue motivo de uno de sus más potentes desarrollos teóricos en *Vigilar y castigar* (2009b)—; no obstante, en las consideraciones sobre la ciudad descritas en *Seguridad, territorio, población* resaltan, por un lado, la plasticidad de conexiones que remiten la noción simultáneamente hacia lo estético, lo simbólico y lo político y, por otro lado, su caracterización como una espacialidad siempre inacabada, siempre en desarrollo y abierta a la posibilidad de cambio. A su vez, la ciudad nos es presentada por Foucault como un medio o, más

propiamente, como un campo en el que se interviene sobre una población. Este planteamiento de Foucault con respecto a la ciudad en *Seguridad, territorio, población* es el que nos invita a considerar con mucho más cuidado el tratamiento de la noción de ciudad y su relación con otros discursos que la atraviesan y la producen, pues es a través de ella que se articulan las principales operaciones biopolíticas en torno a la seguridad, la economía y la salud (López y Rivera, 2019).

Por lo anterior, aquí partimos de que la *ciudad* es un dispositivo de administración *sobre la vida*, que está compuesto por múltiples discursos disciplinarios y de control que se manifiestan en su conformación espaciotemporal y en las formas de circulación de sus flujos. Por ello, proponemos actualizar el análisis de la ciudad no de la forma convencional en que ha sido repensada incontables ocasiones por la filosofía política, sino en un sentido que dé continuidad a las indicaciones sugeridas por Foucault y que nos oriente a la comprensión de los discursos que configuran actualmente a la ciudad, a la vida y a los ejercicios de poder.

#### **IV. *Bios et urbe***

El urbanismo es un discurso moderno que se atribuye la labor de proyectar, modelar y organizar las ciudades. Se trata de una disciplina relativamente reciente que comenzó a cobrar su sitio entre los discursos científicos en la segunda mitad del siglo XIX en Europa, y que se consolidó en los albores del siglo XX (Gravagnuolo, 2009, pp. 6-7); actualmente, se constituye como un campo heterogéneo de saberes en donde se conjugan, entre otras disciplinas, la arquitectura y la economía, el diseño y el paisajismo, la topografía y la geografía, la ecología y el derecho, para intervenir el espacio e incidir en la experiencia que se tiene de este.

Incluso antes de que el urbanismo emergiera dentro de los saberes modernos, distintos modelos de ciudad (desde Platón, Aristóteles o San Agustín y hasta Vitruvio o Da Vinci) fueron pensados como entidades vivientes; sin embargo, las analogías subyacentes referían a esquemas corporales u orgánicos, algunos de los cuales permanecen a la fecha vigentes en la representación contemporánea de los espacios urbanos (por ejemplo, al pensar en los parques como “pulmones” de la ciudad, o a los centros y a las avenidas como su “corazón” y como sus “arterias”, respectivamente). Por otra parte, durante los siglos XVII y XVIII los discursos médico-higienistas de la época incidieron en la reconfiguración de algunas ciudades que habían sido acechadas por epidemias, asociando la idea de circulación del aire con la salud de los pobladores de las incipientes urbes industrializadas; todo ello condujo a nuevas formas de proyectar e intervenir las ciudades europeas; casos como Barcelona, París

y Londres son ejemplares en este sentido (López y Rivera, 2019). Pero una vez constituido el urbanismo como discurso científico, esto es, a finales del siglo XIX y comienzos del XX, cabe preguntarnos cuál fue el modelo de lo vivo (es decir, del *bíos*) subyacente en la configuración de las ciudades modernas. Tal cuestión resulta de interés para una mayor comprensión de la forma en que la vida en todos sus reductos se inscribe como un objetivo para el poder, al tiempo que, en tanto semi-trascendentales de la *episteme* moderna, la vida, el trabajo y el lenguaje, configuran el modo de ser del ser humano en su positividad (Foucault, 2007, p. 345).

Para aproximarnos al estudio del urbanismo del siglo pasado, proponemos examinar un discurso formulado hacia 1961 por un personaje influyente para el urbanismo y para los estudios de la ciudad en Estados Unidos. Lewis Mumford fue un pensador estadounidense, ampliamente reconocido en el urbanismo contemporáneo. Su perspectiva interdisciplinaria busca interconectar concepciones sociológicas, históricas, antropológicas, biológicas, filosóficas e incluso psicoanalíticas en el estudio de la ciudad. Su erudición le permitió desenvolverse con soltura en el estudio de las ciudades, pero también es reconocido por sus trabajos en historia del arte y en historia de la técnica y la cultura de las máquinas. *La ciudad en la historia* (2012) es una de las obras más representativas para el urbanismo, y la elegimos en este recorrido arqueológico para situar cómo después de la síntesis moderna en biología los presupuestos del *bíos* se trasminaron en la configuración de la urbe a través de ciertas metáforas biológicas. Hacemos este ejercicio tomando en cuenta que, desde la perspectiva de Mumford, la ciudad debe entenderse como un organismo vivo y, por lo tanto, también debe ser inscrito dentro de las perspectivas organicistas en el urbanismo; esta perspectiva urbana se opuso a la forma de la ciudad industrial moderna, y sus ideas son precursoras del paradigma ambientalista y del eourbanismo contemporáneos (Cappuccio, 2022).

Mumford no considera que exista un concepto unívoco de ciudad, pues “no hay definición única que se aplique a todas sus manifestaciones y una sola descripción no puede abarcar todas sus transformaciones” (2012, p. 9). Tras ello, la primer metáfora biológica que propone es que esas transformaciones abarcan un periodo que va “desde su núcleo social embrionario hasta sus formas complejas de madurez y la desintegración corporal de su senectud” (2012, p. 9). En dicha metáfora se hace evidente que su mirada organicista de la ciudad se encuentra fundamentada en un enfoque del desarrollo que supone un estado embrionario y que atraviesa por la madurez y desemboca en la senectud, es decir, todo el desarrollo de lo que se comprende como la vida de un organismo.

Mumford sostiene que “antes de que surgiera algo que podamos reconocer como una ciudad, ciertas funciones de ella acaso ya se cumplían, ciertos propósitos suyos acaso se satisfacían ya” (2012, p. 11). La idea resulta interesante, pues encierra una cierta forma de dinamismo en el devenir histórico de la ciudad y advierte que las formas de sociabilidad humanas son las que posibilitan la eventual formación y consolidación de las ciudades; así, la existencia humana en la ciudad estaría determinada por dos polos, a saber, el movimiento y el asentamiento (2012, p. 12), conceptos que también son utilizados para el análisis de los sistemas vivos bajo la forma de su dinamización (Maturana y Varela, 1994). Vale la pena señalar que, para sostener su perspectiva, Mumford recurre también a una analogía con la vida animal y vegetal e, incluso, compara la vida civilizada de las ciudades con la conducta social de ciertos insectos (2012, pp. 13-14). A lo largo de toda su exploración, Mumford recurre a concepciones biológicas para dar cuenta de la existencia y el devenir de la ciudad, y las acompaña diestramente con el análisis de la dimensión antropológica, social, estética e incluso mística de las ciudades que examina. Asociaciones simbióticas, orden ecológico, relaciones biotécnicas y estructura embrionaria, son solamente algunos ejemplos de las categorías biológicas a las que Mumford recurre para sostener su perspectiva en torno a la posible génesis y la evolución de la ciudad. Llama la atención que Mumford utiliza la noción de evolución en distintos momentos y asume que la ciudad evoluciona, aunque es cierto que el tratamiento de la noción es general y se hace de forma dispersa, por lo cual no es posible entrever de forma directa en qué sentido la utiliza todas las veces. No obstante, nos parece que la idea de evolución en la obra de Mumford abarca los siguientes aspectos: por un lado, reconoce el carácter biológico del ser humano y asume que este se halla sujeto a los procesos evolutivos comunes a todos los seres vivos; por otro, el sentido de la evolución aplicada a la ciudad discurre entre lo orgánico estructural (pues pone de manifiesto que una estructura previa es la base para las subsecuentes) y lo procesual (toda vez que asume cambios y transiciones de orden político, económico y social como evoluciones de un estadio a otro).

Mumford incorpora el *bíos* a la urbe a través de la adopción de un conjunto de metáforas biológicas de corte evolutivo mediante las que pretende sustentar la génesis, el desarrollo y el declive de las ciudades de manera análoga a los ciclos vitales de los seres vivientes; incluso, sugiere que la manera en que pudo haberse multiplicado la formación de la ciudad en lugares y contextos tan disímiles como Egipto, Mesopotamia, el mundo maya o el azteca, obedece a una cierta capacidad natural similar a la de las arañas al producir su tela (2012, pp. 155-156).

La cuestión se vuelve relevante en la medida en que apunta hacia tres hipótesis posibles: o bien la ciudad es un ejemplo de arquetipo jungiano o, por otro lado, quizás haya una cierta disposición humana a la vida urbana que se lleva en los genes, o tal vez, por último, se trata de una serie de accidentes fortuitos que se vieron replicados en distintas latitudes y tiempos. Mumford advierte que es altamente complejo demostrar cualquiera de estas hipótesis, pero reconoce que la variabilidad de factores puestos en juego —desde la posibilidad de migraciones no datadas hasta la comunicación entre culturas que pudiese haber vehiculado las formaciones simbólicas y estructurales de la ciudad— no hace mella en la manera en que la ciudad mantiene una estructura orgánica que parte de un centro organizador, pues, tal como ocurre en la célula viva, ese núcleo organizador orienta el crecimiento y la diferenciación orgánica de ese conjunto que denominamos como ciudad (2012, p. 161).

Otra concepción biológica asociada a la construcción de la ciudad propuesta por Mumford es que esta tuvo impactos en los procesos de hibridación entre seres humanos. Si bien el término *hibridación* remite a un proceso que conlleva a la generación de un organismo híbrido a través de la cruce entre dos organismos de diferentes especies, en términos sociológicos se utiliza para dar cuenta de procesos socioculturales en los que ciertas prácticas preexistentes y separadas se combinan y dan forma a nuevas estructuras (García Canclini, 1997). Mumford parece combinar ambos usos; lo que propone es que incluso la ciudad más rudimentaria en sus funciones pudo haber dado lugar a mestizajes propiciados por la sociabilidad, el tránsito y el intercambio; atraídos por las actividades comerciales y por un cierto grado de comodidades proporcionadas en las ciudades, la migración de habitantes de aldeas aledañas hacia los centros urbanos pudo haber generado un intercambio biológico favorable para los seres humanos. En palabras de Mumford: “Es posible que esta movilización y combinación tuvieran incluso particulares ventajas biológicas, pues en la ciudad desaparecieron los peligros de procrear demasiado tiempo con una cepa limitada, y tal vez tuvo lugar una vasta hibridación biológica” (2012, p. 165).

Esta idea resulta relevante, pues pone de manifiesto un entramado complejo de procesos biológicos, sociales y simbólicos que inciden en la forma en que la ciudad —ya sea como manifestación arquetípica o como estructura social replicada hipotéticamente a través de la genética humana— nos ha sido heredada, y cómo ello ha repercutido a su vez en ciertas dimensiones biológicas que se pueden ver manifestadas en la dimensión ontofilogenética de los distintos grupos humanos a través del tiempo.

La metáfora biológica de Mumford no se limita a la búsqueda de una génesis de la ciudad, sino que permanece en su diagnóstico de las ciudades modernas:

Incapaz de dividir sus cromosomas sociales y de dividirlos para formar células nuevas, portadora cada una de ellas de cierta parte del legado original, la ciudad sigue creciendo inorgánicamente, más aún, cancerosamente, mediante una ruptura ininterrumpida de viejos tejidos y un desarrollo hipertrófico de nuevo tejido in-forme (2012, p. 905).

Nos puede resultar extraña la pretensión de Mumford al hablar de “cromosomas sociales” que se dividen en células nuevas, e incluso podríamos objetar la idea de que en los procesos sociales exista algo susceptible de ser denominado como un “legado original”, toda vez que en la dimensión social puede llegar a resultar inoperante la búsqueda de un sentido originario sin que se remita a la idea de tradición, y cuando se trata del abordaje de las tradiciones, es sumamente complejo pronosticar qué prácticas permanecerán vigentes, cuáles serán resignificadas y cuáles otras quedarán olvidadas. No obstante, lo que llama la atención al respecto es que Mumford introduce nuevamente una metáfora biológica para intentar dar cuenta de los procesos de la ciudad en un sentido preponderantemente orgánico e incluso genético.

Al momento de la publicación de *La ciudad en la historia* —cuya primera edición data de 1961 y la segunda de 1989— la genética se hallaba ya bien afianzada como un saber científico fundamentado en la evidencia. Incluso, para ese momento, la epigenética había ya alcanzado a obtener cierta visibilidad en los ámbitos científicos y académicos; por lo tanto, es natural asumir que Mumford pudo haber tenido noticia de los preceptos propios de ese ámbito disciplinar. Ello podría explicar hasta cierto punto el cruce conceptual que hemos encontrado en su obra; sin embargo, habría que reconocer que su propuesta analítica de las ciudades resulta del todo singular dentro del ámbito propio del urbanismo.

Cierto es que podríamos objetar que la perspectiva de Mumford en torno a una genética subyacente en la construcción de ciudad es apenas una hipótesis que aspira a iluminar un pasado remoto y de difícil acceso, y ciertamente el pensador no brinda otros elementos conceptuales o empíricos que nos ayuden a situar con claridad cómo es que asume el paradigma genético en sus observaciones sobre la ciudad. No obstante, las metáforas biológicas que Mumford nos propone evidencian un encuentro entre el *bíos* contemporáneo y los discursos actuales sobre la *urbe*.

Para concluir este apartado, queremos enumerar algunas consideraciones sobre la implicación de los discursos que hacen aparecer la vida en la ciudad:

- a. La ciudad moderna constituye un fenómeno digno de interés desde una perspectiva biopolítica puesto que a la base de su formación se encuentra por primera vez un plan, un proyecto estratégico que incide sobre la vida de los sujetos a través de ordenamiento del espacio que pretende calcular los riesgos; por ello, la seguridad a través del embellecimiento estratégico del espacio público, la higiene como principio regulador de los fenómenos de morbilidad y mortalidad de las poblaciones y, finalmente, la economía como una racionalidad ordenadora de los flujos de personas y mercancías, se engarzan con un poder político que configura el espacio, propicia una forma de darse la vida de los sujetos que habitan el espacio y configura un tipo de ambiente artificial que introduce una forma domesticada de la naturaleza, al tiempo que naturaliza una racionalidad político-económica y técnica al interior de la ciudad (López y Rivera, 2019).
- b. Las ideas conductoras que se introducen en los proyectos de urbanización moderna se entrecruzan con los discursos biomédicos, científico-técnicos y económicos de una época, y son susceptibles de funcionar más allá de las metáforas. Como pudimos constatar en los planteamientos sobre la ciudad de Mumford, las metáforas biológicas pueden parecernos sobradas en un momento determinado, pero si las condiciones lo permiten, las metáforas pueden convertirse en hipótesis de trabajo, y, luego, en principios que configuran el espacio, como sucedió antes en la remodelación de las ciudades de Londres, París y Barcelona.
- c. Cuando se trata de analizar los cruces entre los discursos —tales como los cruces entre la epidemiología y el urbanismo, o como las metáforas biológicas aplicadas a la ciudad—, hay que tener una serie de precauciones: primero, no es recomendable dar por hecho que el saber biológico es un edificio teórico homogéneo que hallaremos desenvuelto en un *continuum* histórico. Los discursos que hablan sobre la vida adquieren diferentes matices y responden a diversas interrogantes de acuerdo con la época y el contexto en el que se inscriban; en segundo lugar, es importante reconocer que las nociones biológicas aplicadas a hechos sociales —y viceversa— no siempre son fieles a las ideas o conceptos que remiten en la disciplina que las pone en circulación; por ello, quien examine la imbricación de discursos sociales, biológicos y urbanos, debe procurar mantener una actitud crítica

ante los efectos discursivos que pueden llegar a tener determinadas teorías en su aplicación.

- d. Es preciso no olvidar que la búsqueda de la procedencia de una u otra idea no necesariamente corresponde a un rastreo puntual y objetivo que nos conduzca al “origen” mismo de los conceptos; en otras palabras, el tipo de estudio que planteamos aquí no pretende indicar qué disciplina le dio cabida primero a un determinado planteamiento o concepto para justificar con ello quiénes pueden arrogarse un uso preferencial o exclusivo de los términos; en todo caso, conviene más apuntar hacia la comprensión de los complejos entramados conceptuales que se entretajan entre los discursos de saber-poder que hacen que las formas en las que hoy en día entendemos la ciudad no se hallen ajenas a los efectos de los discursos biológicos.

Consideramos que queda pendiente un examen mucho más puntual y detallado de los discursos que configuraron la ciudad en el siglo XX; desde ese punto de partida sería interesante examinar si las perspectivas funcionalistas en el urbanismo, como la de Le Corbusier u otros, participaron en la consolidación de los gobiernos neoliberales tanto en las ciudades europeas como en el continente americano. Asumimos que el análisis sobre el despliegue de la economía liberal y neoliberal que elabora Michel Foucault en *Nacimiento de la biopolítica* tendría que ser un referente indispensable para un análisis de este tipo, pues es probable que el *Homo oeconomicus* (Foucault, 2012) al que refiere tenga una forma de habitar y construir la ciudad distinta a la del habitante de las urbes modernas, ya no como socio de intercambio, sino como “capital humano” al que habrá que administrar.

## **V. A manera de conclusión: del *Homo oeconomicus* a las subjetividades resilientes en la ciudad**

Hasta ahora hemos mostrado que, en la actualidad, el *bíos* inscrito en las nociones de biopoder y biopolítica rebasa conceptualmente los bordes que el propio Foucault describió en su momento. En la formulación temprana de la noción de biopoder, Foucault la describió como un poder que “reside y [se] ejerce en el nivel de la vida, de la especie, de la raza y de los fenómenos masivos de población” (2009a, p. 166), y lo concibe además como “un elemento indispensable para el desarrollo del capitalismo” (p. 170). A su vez, la relación entre biopoder, capitalismo y gubernamentalidad (neo)liberal fue explorada a detalle por Foucault en el curso de *Nacimiento de la biopolítica* en 1979. Ahí también se deja ver la preocupación del filósofo de Poitiers al respecto de los alcances de la genética en su época, y

advierte que “uno de los intereses actuales de la aplicación de la genética a las poblaciones humanas radica en permitir reconocer a los individuos en riesgo y el tipo de riesgo que corren a lo largo de toda su existencia” (2012, p. 267).

En otros términos, Foucault vislumbraba a finales del siglo pasado que la intervención genética de las poblaciones humanas abriría un posible ámbito de control de riesgos biológicos para la especie, al tiempo que incidiría en el mejoramiento del “capital humano” para su inserción efectiva en los circuitos del capitalismo. La genética, al igual que las formas de crianza, la educación y el control de estímulos ambientales de la descendencia, constituían en el pensamiento de Foucault, ya para ese entonces, un conjunto de elementos “capitalizables” para el *Homo oeconomicus*, es decir, para un sujeto que es el “empresario de sí mismo” (2012, p. 264), “quien acepta la realidad o responde de manera sistemática a las modificaciones en las variables del medio”, “un hombre enteramente gobernable” (2012, p. 310).

Si bien podemos considerar que el problema biopolítico del contexto neoliberal capitalista ya había sido esbozado por Foucault, la manera en que los conceptos umbral de evolución-herencia y genética-epigenética se inscribieron en los discursos biológicos del siglo XX ensancharon las lógicas con las que la noción de vida se comprende y, por ende, se administra más allá de los márgenes de lo que concebimos como humano, sin que por ello deje de incidir en las formas de vida humana. En el marco de la nueva síntesis en biología (encabezada, entre otros, por Jablonka y Lamb), los nuevos discursos sobre la vida proponen la existencia de sistemas hereditarios que operan simultáneamente y que se yuxtaponen en las dimensiones genéticas, culturales, simbólicas y sociales; se admite además que los sistemas biológicos y, en general, las especies (incluida la nuestra) coevolucionan con otras y construyen nichos, promoviendo cambios en el medio ambiente e incidiendo directamente en los procesos de selección natural dentro de los ecosistemas.

Estos y otros enunciados de verdad propuestos desde la biología contemporánea se hallan imbricados con otros discursos de saber-poder que modelan el espacio construido y habitado por los seres humanos, tal como vimos en el análisis de las teorías urbanísticas de Mumford. Pero con este análisis no solamente pretendemos detectar la forma en que los discursos del *bíos* inciden en la comprensión teórica del espacio que denominamos ciudad, sino que también podemos señalar la forma en que las subjetividades se administran a través de estos nuevos parámetros y bajo esas lógicas.

Acaso uno de los efectos más trascendentes de la radicalización del *bíos* del biopoder y la biopolítica que el mismo Foucault ya no alcanzó a atestiguar, tiene que

ver con el anuncio del advenimiento de la sexta extinción masiva que, a decir de las comunidades científicas, está ocurriendo ahora mismo como resultado de las actividades humanas sobre el planeta y, por ello, este momento es denominado como Antropoceno. Paul Crutzen y Eugene Stoermer fueron quienes pusieron a circular el concepto en el ámbito científico hacia 2000 y, desde entonces hasta ahora, son cada vez más los especialistas que advierten que el decremento de especies terrestres y marinas, el incremento de la concentración de gases de efecto invernadero en la atmósfera y el aumento en la temperatura global, entre otros fenómenos (Stephen, 2021), son indicadores fehacientes de que estamos experimentando —a la vez que produciendo— un proceso de extinción de la vida a escalas alarmantes.

Ante este escenario, la idea de resiliencia aparece como una noción clave para incidir en el contexto biopolítico del Antropoceno. El concepto surge de la física y se utiliza para explicar la capacidad de un resorte para volver a su estado original tras haber sido sometido a una fuerza compresora o expansiva (Rivera, 2024). La transferencia del concepto a la ecología, la gestión de riesgos, la psicología y el desarrollo sustentable le han impreso diferentes acepciones; no obstante, tanto organismos internacionales como estatales se han valido del término para implementar estrategias de acción ante riesgos y desastres, los cuales —se puede deducir fácilmente— se irán agudizando y agravando con el advenimiento de la sexta extinción masiva.

El Marco de Acción de Hyogo es un referente clave para entender cómo en el siglo XXI la noción de resiliencia fue llevada al nivel de estrategia internacional para que las naciones actuaran en la reducción y mitigación de riesgos naturales y antropogénicos, y aumentaran a su vez la capacidad de respuesta ante ellos. En ese documento, la resiliencia se entiende como “la capacidad de un sistema, comunidad o sociedad potencialmente expuesto a amenazas para adaptarse, resistiendo o cambiando, con el fin de alcanzar o mantener un nivel aceptable en su funcionamiento y estructura” (EIRD, 2005, p. 4). Para 2008, el Programa de Desarrollo de la ONU junto con el Banco Mundial definieron la resiliencia como la “capacidad de adaptarse” y prosperar ante los desafíos. Dentro de sus premisas se sostiene que cuando los pobres amplían de modo exitoso y sustentable empresas basadas en el ecosistema, su resiliencia aumenta en tres dimensiones: económica, social y biológica. Con ello a su vez se espera amortiguar los impactos del cambio climático y alcanzar estabilidad social en sus contextos (World Resources Institute, 2008). Al respecto, cabe advertir que, mediante un sutil movimiento, la resiliencia pasó

de ser la capacidad de respuesta ante los desastres y riesgos para convertirse en un objetivo estratégico en términos económicos, ecológicos y sociales. Consideramos que “aumentar” la resiliencia de las comunidades pobres no equivale en todo caso a atender sus vulnerabilidades, ni tampoco a transformar las condiciones estructurales que producen la desigualdad, sino antes bien apunta a que las comunidades se hagan cargo de sí mismas y se “adaptan” a las condiciones —económicas, sociales y ecológicas— a las que están expuestas. Finalmente, que la dimensión biológica, social y económica se encuentren imbricadas aquí, tampoco debe ahora parecernos una novedad, pues como hemos dicho antes, la comprensión del *bíos* contemporáneo permite, justifica y explica esta clase de entrecruces.

En la actualidad, el concepto de resiliencia incide también en la configuración de las ciudades. Como parte de una iniciativa impulsada por la fundación Rockefeller, en 2013 la Ciudad de México fue seleccionada para formar parte del programa 100 Ciudades Resilientes (100 RC), y, para 2015, el gobierno de Miguel Ángel Mancera impulsó la Estrategia de Resiliencia (2016), que a su vez desembocó en la creación de la Agencia de Resiliencia de la CDMX, un organismo desconcentrado de la Secretaría del Medio Ambiente. Tanto la Agencia como la Estrategia definen a la resiliencia como “la capacidad para sobrevivir, crecer y adaptarse que tienen las personas, comunidades, empresas y sistemas que están dentro de una ciudad, independientemente de las tensiones crónicas e impactos agudos que experimenten” (CDMX, 2016, p. 19). Examinado a detalle, el discurso institucional de la resiliencia en la ciudad no reconoce que buena parte de las tensiones crónicas y los impactos agudos que experimentan los ciudadanos y las comunidades provienen del sistema económico capitalista, y al situarla como la capacidad para “sobrevivir, crecer y adaptarse”, coloca a la resiliencia del lado de los dispositivos biopolíticos más actuales que, al tiempo que engloba algunos de los elementos nodales de los conceptos umbral que hemos explorado (por ejemplo, a través del valor dado a la sobrevivencia, la adaptación, el riesgo y el crecimiento), incide en la configuración de nuevas subjetividades más dóciles, más gobernables y, por ende, más dominables.

Decíamos ya que el *Homo œconomicus* fue descrito por Foucault como un empresario de sí mismo, como aquel que acepta la realidad, que responde de manera sistemática a las modificaciones en las variables del medio, es decir, un hombre enteramente gobernable. En el marco de la pobreza extrema, el cambio climático y el Antropoceno, las subjetividades resilientes se nos aparecen como formaciones exacerbadas del *Homo œconomicus* que, en la actualidad, ante la permanente

producción de discursos que vaticinan su extinción, se caracterizan por obedecer un mandato: ¡sobrevive y adaptación, pero con tus propios medios! (Rivera, 2024). Por su parte, Evans y Reid consideran que el sujeto en resiliencia es un sujeto adaptable:

Adaptable en la medida en que es capaz de hacer ajustes a sí mismo que le permitan sobrevivir a los peligros que encuentra en su exposición al mundo. En ese sentido, el sujeto en resiliencia es un sujeto que debe luchar de modo permanente para acomodarse en el mundo. No es un sujeto político que conciba cambiar el mundo, su estructura y sus condiciones de posibilidad con el fin de asegurarse de él, sino un sujeto que acepta el carácter desastroso del mundo en que vive como una condición para tomar parte en él y que acepta la necesidad del mandato de cambiarse en correspondencia con las amenazas y peligros que ahora supone endémicos (2020, p. 113).

En la biopolítica neoliberal, los “tomadores de decisiones” (como la Fundación Rockefeller, los organismos internacionales como la ONU, los gobiernos nacionales y locales, y las empresas transnacionales) hacen cálculos sobre las subjetividades resilientes. Miden los niveles de vulnerabilidad de las poblaciones tomando como índices los riesgos ambientales y antropogénicos a los que están expuestas. Calculan el capital social, cultural y económico con el que cuentan las comunidades para responder ante las crisis. Gestionan los espacios urbanos e intervienen en ellos, no para hacerlos más habitables ni más seguros, sino para especular financieramente con ellos. Si acaso ponen atención en los discursos que advierten sobre el Antropoceno, no es para transformar radicalmente la forma de producción capitalista que ha conducido al cambio climático y, en consecuencia, a la anunciada sexta extinción masiva, sino para proponer en ciertos territorios la implementación de actividades empresariales aparentemente “sustentables” y “sostenibles”, “ecológica y socialmente responsables”, que les permitan a los pobres “adaptarse mejor” y ser “más resilientes”.

Las subjetividades resilientes tienen como decreto su autosuperación, y como fin último, su supervivencia. Todo ello en medio del abandono jurídico del Estado, que los arroja a ser explotados por el capital, al tiempo que el mandato de la adaptación los obliga a conducir todos sus recursos y esfuerzos para prepararse para lo peor, siempre para lo peor. ¿Cómo podría una subjetividad así sublevarse?, ¿cómo un sujeto en resiliencia podría objetar el estado de las cosas si está ocupándose

de su propia supervivencia? La despolitización de las subjetividades resilientes produce formas de indefensión basadas en una narrativa sobre la vida que indefectiblemente conduce a la extinción ya no como un fenómeno natural, sino como un fenómeno propiciado por el ser humano en el marco del Antropoceno. Si el advenimiento del *Homo economicus* era ya por sí mismo motivo de preocupación, la llegada de las subjetividades resilientes debe ponernos todavía más alerta respecto de las maneras en que ciertos discursos del *bíos* se implementan como políticas públicas que le dan forma y estructura a las urbes, como ideologías que justifican la existencia de instituciones que pretenden dominar la vida y transferir la responsabilidad de la catástrofe a los individuos, mientras liberan de culpa al sistema capitalista neoliberal.

Es preciso comprender que los conceptos que exploramos aquí no son neutrales ni inocuos; no lo fueron antes y no lo son ahora. En lo que respecta al análisis del *bíos* y la urbe, es fundamental insistir en su análisis crítico desde una perspectiva arqueológica y genealógica que nos permita entender con claridad los efectos de los discursos de saber que fundamentan los ejercicios de poder que actualmente se despliegan sobre nosotros, sobre nuestros cuerpos, sobre nuestros espacios y sobre el sentido que les damos; pero que a su vez, nos posibilite imaginar otros horizontes, como que la vida es algo más que aquello que los discursos de saber dicen de ella. Por nuestra parte, apostamos por la vida como una fuerza inmanente capaz de escapar y resistir a las formas de dominación que se le pretenden imponer.

## Referencias bibliográficas

- Cappuccio, S. M. (2022). Rupturas y continuidades en el urbanismo contemporáneo. Los paradigmas urbanísticos en las taxonomías de Françoise Choay, Françoise Ascher y Javier Monclús. *AREA*, 28(1), 1-20.
- CDMX. (2016). *Estrategia de resiliencia CDMX*. México.
- De la Peña, C. y Loyola, V. M. (2017). *De la genética a la epigenética*. Fondo de Cultura Económica.
- Deleuze, G. (2004). *Foucault*. Les Éditions de Minuit.
- Estrategia Internacional para Reducción de Desastres, EIRD. (2005). *Marco de acción de Hyogo para 2005-2015: Aumento de la resiliencia de las naciones y las comunidades ante los desastres*. ONU y EIRD. <https://www.eird.org/cdmah/contenido/hyogo-framework-spanish.pdf>
- Evans, B. y Reid, J. (2020). *Una vida en resiliencia. El arte de vivir en peligro*. Fondo de Cultura Económica.

- Foucault, M. (2007). *Las palabras y las cosas*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2009a). *Historia de la sexualidad*. Siglo XXI.
- Foucault, M. (2009b). *Vigilar y castigar*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, Michel (2010). *El gobierno de sí y de los otros*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2012). *Nacimiento de la biopolítica*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014). *Defender la sociedad*. Fondo de Cultura Económica.
- Foucault, M. (2014b). *Seguridad, territorio, población*. Fondo de Cultura Económica.
- Gravagnuolo, B. (2009). *Historia del urbanismo en Europa. 1750-1960*. Akal.
- García Canclini, N. (1997). Culturas híbridas y estrategias comunicacionales. *Estudios sobre las Culturas Contemporáneas*, 3(5), 109-128. <https://www.redalyc.org/pdf/316/31600507.pdf>
- López, B. (2020). Lenguaje y subjetividad (una lectura teórico-metodológico-vital de Foucault). *Andamios*, 17(44), 61-83.
- López, B. y Rivera, A. (2019). Seguridad, higiene y economía: el diseño del espacio en la ciudad moderna. *Graffylia. Revista de la Facultad de Filosofía y Letras de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla*, 4(7), 7-21.
- Mayr, E. (1999). *This is biology. The science of the living world*. Harvard University Press.
- Jablonka, E. y Marion, L. (2002). The changing concept of epigenetics. *Annals New York Academy of Science*, 981(1), 82-96.
- Gould, S. J. (2006) *El pulgar del panda*. Crítica.
- Maturana, H. y Varela, F. (1998). *De máquinas y seres vivos. Autopoiesis: la organización de lo vivo*. Universitaria.
- Meloni, M. (2016). *Political biology. Science and social values in human heredity from eugenics to epigenetics*. Palgrave Macmillan.
- Nicoglou, A. y Merlin, F. (2017). Epigenetics: A way to bridge the gap between biological fields. *Studies in History and Philosophy of Biological and Biomedical Sciences*, 66(1), 73-82.
- Rivera, A. (2018). Aproximaciones biopolíticas a la ciudad. *Heterotopías. Revista de estudios sobre la ciudad*, 1(1), 12-18.
- Rivera, A. (2023). *Bíos. La actualidad del biopoder y la biopolítica en los nuevos discursos sobre la vida*. [Tesis doctoral en Filosofía, Universidad Nacional Autónoma de México].
- Rivera, A. (2024). Subjetividades resilientes: sobrevivir en el Antropoceno o extinguirse en el próximo fin del mundo. *Reflexiones Marginales*, (83). <https://re->

[flexionesmarginales.com/blog/2024/09/28/subjetividades-resilientes-sobrevivir-en-el-antropoceno-o-extinguirse-en-el-proximo-fin-del-mundo/](https://flexionesmarginales.com/blog/2024/09/28/subjetividades-resilientes-sobrevivir-en-el-antropoceno-o-extinguirse-en-el-proximo-fin-del-mundo/)

- Stephen, W. (2021). The Anthropocene: Are humans now overwhelming the great forces of nature. En P.J. Crutzen, U. Pöschl, J. Lelieveld, G. Lax, H. G. Brauch y S. Benner (eds.), *Paul J. Crutzen and the Anthropocene: A new epoch in earth's History* (pp. 103-121). Max Planck Institute-Springer.
- Soberón, X. y Bolívar Zapata, F. (1999). *Gen y genoma*. Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades y Universidad Autónoma de México.
- World Resources Institute. (2008). *Roots of resilience. Growing the wealth of the poor*. World Resources Institute.